

55/2013

16 octubre de 2013

Federico Aznar Fernández-Montesinos

LA VIOLENCIA DEL NUEVO SIGLO

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

LA VIOLENCIA DEL NUEVO SIGLO

Resumen:

El hecho decisivo en los últimos 50 años no ha sido otro que la Caída del Muro de Berlín. Las esquinas que enmarcan el puzzle de la situación internacional son el fin de la Guerra Fría, un proceso de globalización incompleto, la aceleración del encuentro entre culturas y una visión del mundo en clave religiosa. Con todo, la guerra no ha cambiado en sus formas y patrones, por más que sus límites se hayan desdibujado, como resultado del encuentro entre cosmos culturales.

Abstract:

The Fall of the Berlin Wall was the decisive fact in the last 50 years. The limits of today's international situation framework are: the end of the Cold War, an incomplete globalization process, the acceleration of the encounter between cultures and a world view made from religious consideration. However, the war's forms and patterns have not changed but their limits have been blurred as a result of the encounter between cultural cosmos.

Palabras clave:

Guerra, globalización, guerra asimétrica, guerras de cuarta generación.

Keywords:

War, globalization, asymmetric warfare, fourth generation wars.

El cáncer, esa enfermedad que agrupa a más de 150 variedades diferentes, y la guerra han sido los males del siglo XX. Sí el siglo XIX, el llamado siglo de la diplomacia, se saldó con 15 millones de muertes directas, el siglo XX, el del orden internacional, lo hizo con 187 millones.

Cabe, pues, preguntarse sobre la bondad del orden o si acaso, pese a las apariencias mediáticas, es menos mortífero el desorden al que parecemos haber retornado. Solzhenitsin lo explicaba diciendo que *“la imaginación y la fuerza espiritual de los malvados de Shakespeare no pasaban de los doce cadáveres, porque no tenían ideología”*.

Así sí por un lado parece que el número de guerras *“mayores”* ha ido en disminución; 27 en el siglo XVI, 17 en el XVII, 10 en el XVIII, 5 en el XIX y 5 en el XX por otro su poder destructivo ha ido in crescendo.¹ De hecho Tilly cifraba la mortandad por mil habitantes en 5 en el siglo XVIII, 6 en el XIX y 46 en el XX.²

El siglo XXI, un siglo, hasta el momento sin grandes transformaciones conceptuales, ha estado marcado por el desarrollo de las ideas de finales del siglo anterior. Como resultado un mundo poliédrico acaba proyectándose sobre un único plano generando una situación nueva y múltiples incertidumbres.

Suelen añadir apellidos a la guerra, híbrida, cuarta generación, quinta... Hoy se ha popularizado el término guerra asimétrica, concepto que en su fondo viene a decir que algo le va mal al fuerte y va perdiendo. Darwin no hablaba de la supervivencia del más fuerte, sino en el más apto, en el que mejor se adapta. La clave en la guerra, ahora y en el pasado no es otra que la adaptación al enemigo, algo que la superioridad tecnológica, de algún modo, había hecho olvidar.

El nuevo siglo se iniciaba de un modo tempestuoso que conviene analizar detenidamente para tratar de comprender como ha evolucionado la guerra, como una adaptativa dialéctica de voluntades hostiles, de la que se derivan los conflictos asimétricos presentes y, entre ellos, singularmente, el terrorismo. Y para entender plenamente cualquier proceso resulta obligado comprender el entorno en que ha tenido lugar. Hay que entender el marco.

1. LAS CLAVES DEL NUEVO SIGLO

Un vuelo a vista de pájaro sobre el tablero del siglo XXI nos muestra las complejidades generadas por el nuevo estadio en las Relaciones Internacionales, la incertidumbre de una

¹ David, Charles-Philippe. *La guerra y la paz*. Icaria, Barcelona 2008, pp. 169 y 170

² Tilly, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Alianza Editorial, Madrid 1992, p. 109.

amenaza no definida ni concretada o las contradicciones derivadas del diferente nivel de desarrollo de países que súbitamente se han puesto en contacto.

Las esquinas del puzzle internacional en sus albores se encuentra en cuatro factores clave: la sombra de la Guerra Fría, una globalización incompleta, la aceleración en el encuentro de culturas, y la visualización del mundo en clave religiosa, una auténtica geopolítica de las religiones.

1.1. La sombra de la Guerra Fría

El año 1989 es un año clave, decisivo, en la historia de la Humanidad. El arco gótico sobre el que se había construido las Relaciones Internacionales y que había permitido casi cuatro decenios de estabilidad internacional se desmoronaba. Existían rivalidades, pero las grandes líneas que apuntaban a amigos y enemigos estaban claras; y por debajo del arco había un espacio bien definido y fiable para la política. Muchas sociedades, estabilizadas por la presión recibida de ambos bloques se descompusieron.

Aún quedan ecos de las viejas desconfianzas, miradas recelosas que entienden que la superación de las diferencias ideológicas no supone la resolución definitiva de unas causas del enfrentamiento que son geopolíticas.

El resultado es que, la sombra de los antiguos bloques, se extiende sobre el escenario de las Relaciones Internacionales. De hecho los centros de decisión adoptan resoluciones de una incoherencia significativa respecto de un mismo objeto (piénsese en la visión de China que pueda tenerse desde los ministerios de Defensa o Economía de numerosos países occidentales) como resultado natural de una confusa fase de transición.

Y además el Comunismo no ha desaparecido completamente (de hecho es comúnmente aceptado en Occidente) y en el Tercer Mundo se ha fusionado con formas de pensamiento local generando formas sincréticas que aparecen desde en movimientos revolucionarios del tipo de Sendero Luminoso hasta formas ecuatoriales de populismo, pasando por las ideologías de ruptura hechas a partir de la reelaboración revolucionaria de las creencias tradicionales en un marco de miseria.

Pero Occidente había completado sus debates y tenía una propuesta a la que pretendía dotar de validez universal. La economía de mercado y la democracia se perfilaban como los grandes vencedores de la Guerra Fría. Su formulación se hizo comprometiendo la absoluta independencia de los Estados que conceptualmente había imperado desde Westfalia.

1.2. La globalización como fenómeno incompleto

La globalización ha sido el gran fenómeno de este siglo no porque sea nuevo; podemos rastrear los comienzos de esta fase en el siglo XV-XVI con el descubrimiento de América y las luchas de Carlos V, su intensificación en el XIX con la Revolución de los Transportes o los conflictos mundiales del XX. Es pues, ante todo, una tendencia histórica no referida solo a la economía que ahora ha entrado en vorágine.

Una globalización que, si por una parte ha maximizado los beneficios, por otro ha supuesto la desaparición de los compartimientos estancos de las sociedades e incrementado su vulnerabilidad. Los Estados son interdependientes; y una sola caída es un cataclismo. El mundo se ha cerrado y los problemas locales, las agendas, se han globalizado al coincidir mundos premodernos y postmodernos.

Mundos que viven en tiempos distintos entran en contacto directo, sin intermediadores, de sociedad a sociedad, de persona a persona. El otro inspira desconfianza tras la que asoma siempre el temor. Un temor real en la medida en que la globalización puede suponer la destrucción de las formas culturales más débiles.

La relación directa es beneficiosa pero también es una fuente de conflictos. Y es que la globalización promueve una distribución horizontal del poder, su atomización; se reducen las distancias geográficas y se simplifican muchos procesos, pero simultáneamente, también se hace más difícil la gobernabilidad política; implica interconexiones e interdependencias, pero no acuerdos, es más, ni siquiera la confluencia de pareceres con lo que, en la práctica, se promueve la reacción, el localismo, la definición contra el otro.

Implica, pues, la puesta en marcha de procesos de racionalización a los que sigue la oposición antitética de los que la máquina va acabar inexorablemente por racionalizar. Con lo cual, aun sin presentarse como tal, el *otro* cultural, el poderoso, es percibido como agresor y su presencia considerada intolerable.

Como consecuencia, el mundo de la globalización es un mundo muy fragmentado que obliga a vivir en la pluralidad, en una heterogeneidad por el momento sin solución. Globalización no implica un pensamiento único – tal vez a la finalización del proceso, con la racionalización – sino, en realidad, confrontación de pareceres.

1.3. La aceleración del encuentro entre culturas

Los elementos que han permitido la separación entre grupos humanos han sido los *cleavages*; etnia, lengua, religión y cultura. A ellos se añaden las instituciones creadas por los propios hombres y con sus intereses particulares, los Estados. Parece haberse producido un retorno de la sacralidad a sus fuentes abandonando espacios que no le eran realmente propios como la nación.

Las culturas presentan un sistema de valores completo, único, cerrado, una forma de ver el mundo, que no es constante en el tiempo sino que varía en cada época. Entiéndase, los valores prácticamente son los mismos, sin grandes modificaciones: lo que varía en cada una de las culturas es su ordenación. A esta diferencia y a distintos conflictos locales como el israelopalestino se añaden conflictos por el reparto de la riqueza y las diferencias socioeconómicas.

Con cada uno de los sistemas de valores se hace una aproximación al mundo, a sus problemas y se adoptan las decisiones. Entiéndase la simplificación por su plasticidad, es distinta la aproximación que se hace y las decisiones que consecuentemente se adoptan considerando en primer término la libertad que sí se considera como primer valor (que es la postura occidental) a preservar la igualdad o la justicia (como es el caso islámico).

La democracia y la economía de mercado, se presentan como sí se tratara de absolutos éticos, esto es, sin tener en consideración al otro cultural, sin tener en cuenta que estas instituciones estaban impregnadas hasta el tuétano de los códigos axiológicos occidentales, y que su presentación podía subvertir el orden establecido en el otro mundo cultural.

El resultado es que una cultura constituida sobre un sistema de valores, a la que se superpone unas estructuras de poder construidos sobre otro, con lo cual no se consigue un pleno encaje entre ambos apareciendo fricciones y tensiones constantes. La cultura trata de transformar el poder y el poder trata de transformar la cultura. Y la cultura, los movimientos sociales, son siempre más fuertes, lo que no quita que el resultado sea, entre otras cosas, una crisis de identidad.

Hace falta adaptar las estructuras del Estado a la sociedad sobre la que se asienta no existe un modelo universalmente válido.

Más aun, se ha hecho llegar al *otro* cultural a través de los medios de comunicación de masas del estilo de vida de Occidente, su éxito mientras se le hacía sentir, en la intimidad de su hogar, lo suyo como un fracaso. El contacto es inevitable, y el juicio también.

La colonización, qué duda cabe, fue un proceso traumático; las luchas por la independencia ocasionaron una violencia que Franz Fanon tilda de liberadora. Pero es que la descolonización fue un nuevo trauma al quedar los nuevos Estados frente a su incompetencia al no mostrarse capaces de asumir los modos occidentales de producción. Y el advenimiento de los medios de comunicación de masas puso a las sociedades del Tercer Mundo en comunicación directa con las sociedades de Occidente cerrando el círculo del mutuo conocimiento. La alienación y la humillación cultural constituyen un caldo de cultivo del que es siempre posible que fermenten grupos terroristas.

Merece la pena considerar como Occidente fue por completo de su superioridad tecnológica hasta en la guerra, ignorando las sociedades sobre las que actuaba. Ni Irak ni Afganistán fueron objeto del estudio detalle que merecían; y los resultados de ese error son bien conocidos.

1.4. Una visión del mundo en clave religiosa

La religión es un elemento clave en la adscripción cultural de las poblaciones, en su vida privada y en sus relaciones sociales. No obstante, ha sido llamado el factor olvidado de las Relaciones Internacionales porque estas han tendido siempre a explicarse en base a intereses, sin mayores consideraciones. Tras el 11-S se produjo el retorno de la sacralidad que se había transferido a conceptos como la nación, a su ámbito específico, a la religión.

La cuestión es si ese retorno ha sido real o por el contrario, y como parece, las Relaciones Internacionales nunca han dejado de estar guiadas por los intereses, pese al flogonazo del 11-S.

En cualquier caso el 11-S hizo que el mundo se interpretase, se explicase, súbitamente en clave religiosa. Sus imágenes han quedado impresas en la memoria colectiva originando una reinterpretación del mundo.

No obstante, Occidente abominó de Huntington oficialmente. Y es que no hacerlo así es convertirse en enemigo de en torno a 1200 millones de personas, lo cual no resulta, en principio muy inteligente; y es precisamente lo que quieren los radicales que defienden sus postulados. Aunque la verdad es que en la práctica, Huntington ha sido aceptado por todos (los radicales lo reclaman para sí públicamente), por más que no se reconozca oficialmente.

2. LA GUERRA COMO FENÓMENO SOCIAL.

Las instituciones son hijas de su tiempo. Una de esas instituciones, qué duda cabe, es la guerra, que estampillada por el pensamiento de los hombres que la llevan a cabo no pierde por ello sus esencias; la guerra evoluciona con el hombre y en ella se inscriben todas las formas de violencia organizada. Es territorio de crueldad. Pero, no se olvide, también lo es de encuentro: ¿Quién conocería la vida y costumbres de Afganistán de no haber estado allí? Para derrotar a un enemigo es preciso conocerlo y esto viene parejo a apreciarlo al menos en algunos aspectos.

Es ante todo una actividad del espíritu, una decisión personal que precisa ser comprendida. Como dijera Clausewitz: *“el acto primordial, el principal y más decisivo del juicio que ejercen el estadista y el general, es comprender rectamente la guerra que emprenden, no tomándola por algo o desear convertirla en algo totalmente imposible por su propia naturaleza.”*

Y es que, cuando alguien se acerca a la guerra corre el riesgo de centrarse en la sucesión individual de acontecimientos, ignorar la narración, perder la referencia y hacer caso omiso del objetivo pretendido cuando se entró en ella perdiéndose entre el humo del conflicto.

La clave es que la guerra no tiene sentido en sí misma; tiene una función, una finalidad y un sentido político, es la política quien marca el *“para que”* de la guerra. Y en este sentido la naturaleza de los fines está afectada por la naturaleza de los medios. La guerra como dialéctica de voluntades hostiles queda consignada como un debate sangriento que incorpora su propio lenguaje y es siempre un ámbito de elección.³

Puede plantearse como una sucesión de batallas. Pero el éxito militar no va acompañado siempre de la victoria política, como bien prueba el fracaso en la guerra de Argelia. La guerra es una institución de Derecho Internacional Público, a juicio de Panebianco la más importante, con un comienzo y una finalización precisos y un modo de realizarse. Pero las cosas no son tan sencillas.

Como dijera Glucksmann *“por su realidad, la guerra es una prueba de fuerza, por su necesidad una prueba de sentido. Opone físicamente...fuerzas que no son jamás estrictamente físicas y materiales”*⁴

Y es que los contornos de la guerra son, de por sí, imprecisos; como apuntará Lenin, las guerras no se declaran, simplemente comienzan. EEUU, hasta 2005, ha utilizado la fuerza en

³ Brodie, Bernard. Guerra y política. Fondo de Cultura Económica, México 1978, p. 13.

⁴ Glucksmann, André. El discurso de la guerra. Editorial Anagrama, Barcelona 1968 p. 96

220 ocasiones y sólo ha declarado la guerra en cinco. La última vez que el Reino Unido declaró la guerra fue a Siam en 1942. Tras Versalles pocos tratados de paz ha habido. Kosovo acabó con un acuerdo técnico militar

La guerra es ante todo un enfrentamiento de poderes. Y no es un acto ni ético, ni justo, ni económico... ni siquiera militar. Es un acto político, de gestión de poder, de modo que cualquier análisis que se realice sin tener en cuenta este hecho, esto es, referido sólo a uno de los planos de análisis, es incompleto. Como dijera Mao la guerra es política con derramamiento de sangre, la política es guerra sin derramamiento de sangre.

Obrar así, de paso, es transferir la responsabilidad de las decisiones. Si los generales de la Primera Guerra Mundial pudieron no estar a la altura de las circunstancias al no saber resolver el enfrentamiento militar, los políticos no se quedaron a la zaga al no encontrar una respuesta política al dilema que corría paralelo al enfrentamiento armado.

Bouthoul define la guerra como un *“enfrentamiento armado y sangriento entre agrupaciones organizadas”* requiere de un esfuerzo colectivo, organización, reciprocidad y violencia. Clausewitz la define como un *“acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad”*.

La guerra es una actividad social, un hecho cultural. No es el mismo el tipo de guerra el que emprende un pueblo pastor o uno agricultor. Cada cultura, cada tiempo tiene su propia verdad, y también, su propia teoría de la guerra; son sistemas completos que proporcionan respuestas interrelacionadas. El encuentro entre mundos dará lugar a la guerra asimétrica.

Y es que la guerra es una forma de relación. Entre quienes no hay relación no hay guerra. Así visto, conviene considerar la interacción entre las partes como belígera. En esencia es un diálogo que incorpora un suplemento de violencia. Por consiguiente para su correcto desarrollo precisa desplegar todos los elementos de cualquier forma de diálogo: empatía, alteridad, conocimiento del otro... como dijera Glucksmann *“se comunica mediante actos más que mediante palabras, o mediante actos que se añaden a las palabras y la acción se convierte en una forma de comunicación”*⁵

Paradójicamente sucede que la lucha armada acaba por generar acercamiento: después de Jena, Prusia imita las instituciones francesas, y tras la Segunda Guerra Mundial (SGM), Japón y Alemania a las norteamericanas.⁶ Los uniformes militares son muy parecidos entre todos

⁵ Glucksmann, André. El discurso de la guerra. Opus citada, p. 108

⁶ Fraga Iribarne, Manuel. Guerra y conflicto social. Gráficas Uguina, Madrid, 1962, p. 59.

los países y culturas del mundo; como ya se apercibió Ibn Jaldún,⁷ siempre se asemejan a los más poderosos al tratar de emularlos.

Por otro lado, la guerra es un espacio de supervivencia, como señala Mauricio de Sajonia *“sobrevivir es vencer en campo de batalla”*, tiende por tanto a superar cualquier tipo de constreñimiento, a lo anormativo; es una antinomia: evita el someterse a reglas, a imperativos.

De este modo, la guerra se presenta como la antítesis del derecho y cualquier intento jurídico por contenerla está llamado a fracasar ante fórmulas tan simples como el cambio de nombre. Y es que el término guerra es demasiado preciso para un mundo en el que la polisemia, la imprecisión, otorga más opciones a la política.

En esta lógica, cuando se trata de acotarla, de limitar la guerra, ésta se desplaza hacia limbos jurídicos, hacia zonas grises muchas veces generadas ficticiamente a partir de debates pseudonominalistas; *“la palabra sostiene la guerra y la guerra se contiene en la palabra, es decir se encierra en la palabra”*⁸

Nombrar tiene siempre una dimensión trascendente. Es pues una actividad que no es neutral, sino todo lo contrario, decisiva, marcadamente eficaz. Por ello, el lenguaje es uno de los primeros y principales terrenos de enfrentamiento; el lenguaje define el marco y fija las reglas con que esta se desarrolla. Imponer el lenguaje, señalar las palabras que han de utilizarse resulta capital. El marco interpretativo presta siempre un buen servicio a quienes controlan o quieren controlar las cosas.

Y es que con el nombre que se da al conflicto (o guerra) no se actúa tanto contra los medios – que también - como contra la legitimidad de una de las partes, la cual pasa así a ser objeto de discusión. La legitimidad la otorgan las palabras, su aceptación, su normalización.

Con las palabras se apropia de los conceptos y se marca el significado de los sucesos conduciéndolos hacia el imaginario buscado. Comando desplaza hacia lo militar; proceso de paz iguala las partes; la socialización del dolor otorga una licencia para matar a cualquiera. Terrorista puede ser un adjetivo o un sustantivo, una persona, una situación, un proceso, un hecho o una estructura. Y la cuestión no es baladí, un detenido puede ser un delincuente, un soldado, un terrorista según el nombre que se dé al conflicto, o según el que la comunidad acepte.

⁷ Ibn Jaldun. (Charles Issawi, selección, prólogo e introducción). Teoría de la sociedad y de la historia. Unidad Central de Venezuela, Caracas 1963, p. 173.

⁸ Glucksmann, André. El discurso de la guerra. Opus citada, p. 120

Puede concluirse que la clave se encuentra así en domesticar la frontera, lo que se consigue haciendo que los conceptos sean de geometría variable para poder modelarla según su interés.

Con el lenguaje se apela simultáneamente tanto a lo racional como a lo irracional, mediante el lenguaje se construyen cadenas de ideas, narraciones sobre las que se va a articular la violencia, que encuentra así vehiculación y justificación. En este marco el lenguaje se emplea para deshumanizar a las víctimas, movilizar a las masas para destruirlas y negar la masacre; el descarrío de las palabras, ligado al desarrollo burocrático y tecnocrático, permite entonces neutralizar los sentimientos de culpabilidad de los ejecutores.

Como resultado de lo expuesto, en las sociedades posmodernas, las fronteras de muchos conceptos están desdibujadas o se desplazan a voluntad contribuyendo con ello a la incertidumbre o a la indefinición. Por ello, se ha generado un área gris entre la paz y la guerra, lo interno y lo externo, los negocios y la política, lo civil y lo militar o lo nacional y lo multinacional.

En esta línea, la palabra guerra ha sido substituida por otros términos como conflicto, crisis, enfrentamiento armado... que servirán para encubrir una realidad evolutiva. De hecho, no pocos autores opinan que el concepto de guerra como tal ha quedado desfasado en el siglo XXI ya que no cubre todos los fenómenos de violencia organizada posibles, y ni siquiera alcanza a definir la naturaleza de la rivalidad.

Es más, desde su regulación y limitación jurídica en el siglo XX, es cuando más mortífera se ha hecho. Así estando prohibida en el tratado de Locarno y ratificada esta prohibición por el tratado de San Francisco, hubo de crearse un Derecho Internacional de los Conflictos Armados lo que en la práctica supone aceptar su realidad enmascarada por un cambio de nombre. La guerra, se ha visto, desborda el formalismo jurídico.

La guerra, recordando el principio de acción recíproca de Clausewitz, tiende a crecer dialécticamente hasta la fuerza máxima que puede emplearse, hasta los extremos. Todas las armas inventadas han sido utilizadas, nadie se cuestionó en su día la utilización del arma nuclear

No obstante, existen dos principios reguladores prácticos; uno es que no puede emplearse toda la fuerza todo el tiempo, lo que la hace ser pulsante, pulsos en forma de campañas. Otro es que la guerra es una más de las actividades que ejerce el Estado, junto con otras que también precisan de su esfuerzo y atención.

Pero lo cierto es que tiene una función creadora es mutación, cambio, superación, *"el orden sale del caos y el caos es necesario antes de fundar un nuevo orden"*⁹ Es acumulación lenta y descarga rápida. Para Heráclito¹⁰ *"todo es polemos (lucha)"*, además el filósofo oscuro considera que *"la guerra (la lucha) es el padre de todas las cosas. De unas hace dioses, de otras, esclavos u hombres libres"*; de esta forma señala la guerra, como causa eficiente, el principio del ser, la semilla de todo, y la razón para cambios y transformaciones sociales porque *"la guerra es algo que une y la justicia es discordia."* Es la violencia partera de la que hablara Marx

"la violencia es la comadrona de la nueva sociedad. Los disturbios sangrientos son la necesidad frecuentemente ineludible del desarrollo" y Sorel lo remata al decir que *"la violencia es un fenómeno originario de la vida y no necesita el beneplácito del derecho y el ideal. La violencia cumple la única función creadora de la historia...es la gran pasión, la íntima fuerza mística y el poder reconstructor, esencialmente irracional y precisamente por ello puro y auténtico."*

Debe quedar claro, que la finalidad de la guerra no es simplemente la victoria, la finalización de las operaciones militares, es la paz, entendiendo por paz a la nueva situación política generada; como dijera Fuller *"de todos los tiros a ciegas de Clausewitz, el más ciego fue no entender nunca que el fin de la guerra es la paz y no la victoria"*; o en palabras de Raymond Aron *"la victoria militar no es fin último, sólo un medio con vistas al verdadero fin, la paz en el que las voluntades adversas se unen."*

La sustitución de la victoria por la paz, se convierte en prueba de la pérdida de autonomía de la guerra. La guerra en cuanto deja de ser independiente, y en su nivel de abstracción más alto, hace que sea complementaria y no opuesta a la paz en la que se aúnan medio y fin.¹¹ Como dijera Glucksmann *"la cordura positiva de la guerra anima su cordura negativa, se hace la guerra solo porque se piensa en poder terminarla"*¹²

No deja de ser indicativo que tras acuerdos como el de Versalles, prácticamente no hayan existido tratados de paz. La razón podría ser la consecuencia de implicar a las sociedades en los conflictos, en las guerras, se la dota de una inercia que hace que las condiciones de paz o no sean equilibradas y garanticen la paz futura, o no puedan ser aceptadas por las

⁹ Glucksmann, André. El discurso de la guerra. Editorial Anagrama, Barcelona 1968 p. 75

¹⁰ **"El fuego llegará, y juzgará, y condenará a todas las cosas. Dejad el descanso y el silencio a los muertos, como les corresponde. Cualquiera cosa que vemos mientras estamos despiertos es la muerte; cuando dormimos, es sueño".**

¹¹ García Caneiro, José. La racionalidad de la guerra. Tirant Lo Blanch, Valencia., p. 49.

¹² Glucksmann, André. El discurso de la guerra. Opus citada, p. 177.

sociedades en cuyo nombre se suscriben, “no en vano desde 1815 ningún régimen que haya perdido una guerra ha sobrevivido”¹³

3. LAS GENERACIONES DE GUERRAS

Existen muchas clasificaciones para los conflictos, la cuestión es que toda taxonomía debe tener una finalidad, lo que desde el punto de vista académico es una forma de destacar los rasgos y mutaciones más notables. La taxonomía, por su gusto por lo geométrico, es clarificadora pero hace uso de artificialidades al seleccionar la realidad que juzga; los actos humanos tienen un componente contradictorio que de esta manera se obvia.

Caben clasificaciones finalistas, por sus causas, por la razón que les asiste, por su tipología, por la diferencia entre las partes, por las sociedades en que la llevan a cabo... Algunos autores señalan la tecnología como el rasgo que condiciona las diferentes formas que se han dado de hacer la guerra mientras otros subrayan la importancia de los factores políticos, económicos y sociales.

Así, para hablar de la existencia de una generación de guerras o de una nueva forma de hacer la guerra – esto es, de una “*Revolución de los Asuntos Militares*”, término muy en boga actualmente - que permita diferenciar entre tipos de guerras y distinguir entre períodos, a juicio de algunos autores, deben darse tres condiciones esenciales; a saber, la aplicación de una nueva tecnología, una modificación de los procedimientos y un cambio generacional, y que de todo lo cual se derive un cambio en la forma de hacer la guerra.

El matrimonio de sociólogos formado por Alvin y Heidi Toffler en su obra “*Las guerras del futuro*”¹⁴ hace una clasificación polemológica de las sociedades distribuyéndolas en tres categorías u olas identificadas respectivamente por los símbolos de la azada, la cadena de montaje y el ordenador.

Hacen suya así aquella afirmación de Karl Marx: “*dadme el molino de viento y os daré la Edad Media*”; su tesis principal es que el “*modo de guerrear refleja nuestro modo de ganar dinero, y la manera de combatir contra la guerra refleja la manera de librarla*”¹⁵ lo que Raymond Aron expresaba diciendo “*las guerras se parecen a las sociedades que las libran. Entre los instrumentos y las armas, entre las relaciones de clase y los Ejércitos, aparece a lo largo de los siglos una relación recíproca.*”¹⁶

¹³ Verstrynge, Jorge. La guerra periférica y el Islam revolucionario. Editorial Viejo Topo 2005 p 50

¹⁴ Toffler, Alvin y Heidi. Las guerras del futuro. Ediciones Plaza & Janés, Barcelona, 1981.

¹⁵ Ibidem, p. 23.

¹⁶ Aron, Raymond. Un siglo de guerra total. Ministerio de Defensa 2001, p. 93.

El modo en que se lleva a cabo la guerra, obedece a los patrones culturales de las sociedades implicadas, y estos quedan a su vez delimitados por los modelos de producción y de organización. Pero este modo de proceder, y como consecuencia de la lógica paradójica, acaba por modificarse cuando se interactúa con el otro.

En 1989 William Lind escribió el artículo “El rostro cambiante de la guerra: hacia la Cuarta Generación” bosquejando todo un modelo que habría de desarrollarse a lo largo de la década de los noventa, que experimentaría todo un redimensionamiento tras las guerras de Irak y Afganistán. Su propuesta habla de cuatro generaciones de guerras con una distribución espacio temporal diferente y que obedecen al siguiente esquema:

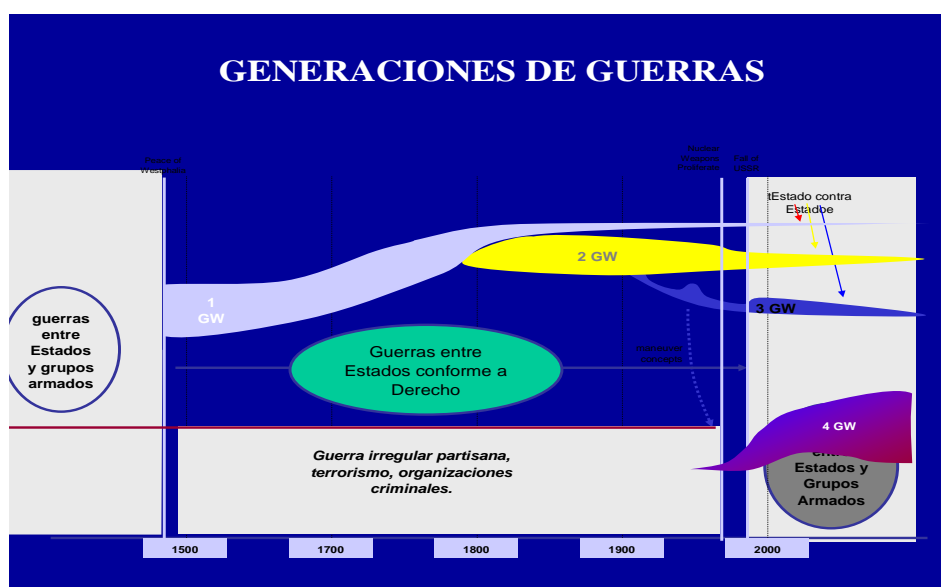


Figura 1. Clasificación de las guerras W. Lind.¹⁷

Basándonos en el trabajo de Lind se hablará a modo de *totum revolutum* de una fase premoderna de guerra, para después hacerlo tres generaciones que corresponden a períodos de tiempo diferentes de su propuesta, cuyo eje es, obviamente Occidente, hecho éste que se reitera y no debe perderse de vista pues es una referencia imprescindible.

La Primera Generación estaría marcada por el desarrollo y consolidación del concepto Estado durante el Renacimiento, las guerras de Segunda Generación implicarían el compromiso societario en la causa y sus epitomes serían la Revolución Francesa y las revoluciones industrial y de los transportes que posibilitaron su extensión y ampliaron el espectro de los objetivos, las guerras de Tercera Generación se fundamentan en la

¹⁷ VV.AA. Evolución del pensamiento estratégico. Opus citada.

tecnología, y el factor que coadyuva a la definición de las de Cuarta es la globalización y el retorno al hombre.

Las guerras de Primera Generación son guerras limitadas, hechas por intereses concretos y por soldados profesionales (el soldado es el hombre del rey porque lleva la chaqueta del rey) que evolucionan hacia el orden, hacia lo geométrico. No gustan de una batalla que se procura evitar y que cuando se produce sólo sirve para dar paso a la diplomacia. Se combatía por intereses y sobre ellos cabía un compromiso.

En palabras de Francisco I *“Mi primo Carlos y yo estamos de acuerdo. Los dos queremos Milán.”* Se producía la batalla, había un vencedor que satisfacías sus pretensiones pero no se planteaba ir más allá cambiando, por ejemplo, el régimen político de la contraparte. De hecho, Francisco I prisionero tras Pavía, fue liberado por su primo.

Con la Revolución Francesa se produjo la entrada de las sociedades en guerra. La movilización introdujo por vez primera la guerra de masas y se combinó pronto con innovaciones en la artillería, la táctica, las comunicaciones y la organización, dándose un paso hacia un nuevo tipo de guerra.¹⁸ Son las guerras de Segunda Generación.

Sí antes se combatía por intereses ahora se combatirá por ideas lo que no hace posible el compromiso cuando se ha movilizado al pueblo en torno a ellas. El componente inercial activado hace que tienda a llegar al límite, máxime cuando se presenta como una actividad con vocación de sagrada.¹⁹

De la rivalidad entre dos personas por un objeto se pasa a la rivalidad de esas dos personas al margen de ese objeto, con la que se pretende su carácter definitivo, la aniquilación del otro. La Ilustración es arrinconada por el Romanticismo, la razón es sustituida por la pasión, el nacionalismo se convierte en el nuevo dios. Los Ejércitos dejan de ser reales y son nacionales, el soldado no sólo se siente protagonista sino también implicado en ella.

Si los medios cada día suponen una mayor implicación de la sociedad en la guerra, la guerra tiende a ser cada día menos limitada. Así pues, la tendencia desde el punto de vista político, es decir de los fines, y desde el punto de vista tecnológico, de los medios, apunta en la misma dirección; de este modo ambas tendencias suman a más medios, fines más ambiciosos; la guerra tiende a ser ilimitada, total.

¹⁸ Toffler, Alvin y Heidi. Las guerras del futuro. Opus citada, p 251.

¹⁹ Fraga Iribarne, Manuel. Guerra y conflicto social. Opus citada, p 54 y ss.

Horrorizados por los desastres que ello ocasionó, se buscaron nuevas formas menos destructivas que evitasen la catástrofe. El elemento clave será la tecnología, ya no se trata de destruir al ejército enemigo sino de hacerlo inoperante. El epitome de este tipo de guerras será Kósovo.

Pero la guerra es adaptación e ignorar a la contraparte fiando exclusivamente en los medios propios es arriesgarse a fracasar. Durante las denominadas guerras de Tercera Generación se consideró que las abrumadoras diferencias tecnológicas permitían obviar estos factores, el enemigo por débil estaba indefenso y su estudio resultaba irrelevante.

En el siglo XXI el poder es por encima de todo apariencia, imagen. Su secreto es que se utiliza poco, que es potencia no acto. La guerra es un choque de poderes, de imágenes, de narraciones y está obligada tomar en consideración esta nueva situación.

El poder se recrea e interpreta continuamente, dando valor a unos aspectos o a otros, desde una atalaya cuya principal atributo es erigirse y ser constructor de la verdad, de modo que el poder se ejerce a través de la producción de la verdad. La verdad propia debe explicitarse y la forma más barata e indiscutible de hacerlo es a través de una imagen. La imagen es un discurso completo.

Pero el producto que se proporciona al telespectador no es completo, esta empaquetada para hacerla inteligible en el sentido deseado al público general; con la cámara, desde una posición de partida, se escoge la porción de verdad que se quiere transmitir y se desecha el resto, lo cual es artificial pues la imagen es un fragmento del todo, el contexto, sin el cual no puede comprenderse: la cámara pasa a ser por su capacidad de creación de la realidad un instrumento de la política.

Las sociedades modernas no disponen de tiempo para elaborar sus juicios, su información es no pocas veces deficiente. ¿Cómo se puede explicar un conflicto como el de Kosovo con el tiempo que se le asigna en los noticieros? Escogiendo la foto adecuada puede hacerse; la cuestión es que el dramatismo, la simplificación, tiene grandes valores explicativos, cuando en la guerra moderna, no pocas veces, intervenir significa escoger al malo porque todos lo son.

Una imagen en este contexto lo es todo, una explicación completa irrefutable y de una simplicidad extraordinaria, de ahí su valor en los conflictos. Pero la imagen está orientada hacia el plano emocional no hacia el racional. Y la imagen reproduce el acto permanentemente, lo que la hace particularmente útil para el terrorismo.

En la otra parte del mundo, tras la Caída del Muro, en los países no desarrollados, se ha consolidado una nueva forma de guerra previamente intuida y que se caracteriza también por su antiformalismo y el desdibujamiento de las fronteras físicas y conceptuales del término. Las guerras de Cuarta Generación y las guerras asimétricas suponen el retorno al hombre. Conflictos como los de Irak o Afganistán a los que han precisado de estudios antropológicos.

Y es que las nuevas guerras no tienen lugar en el mundo desarrollado, si acaso en su periferia, cuando se producen son conflictos de descomposición y si implican a Occidente, asimétricos. Todo ello, unido al proceso de globalización, se traduce en una nueva forma de hacer la guerra. Las nuevas guerras, en su relación con Occidente, podrían definirse como la aproximación conflictiva entre los mundos postmoderno y el premoderno llevada a cabo a escala global.

4. LAS NUEVAS GUERRAS

Los nuevos conflictos, las nuevas guerras, presentan múltiples facetas; en ellos el plano militar es uno más de los concernidos pero no necesariamente el más relevante, razón por la que el ámbito de la Defensa se ha diluido en otro concepto más amplio, la Seguridad. Recíprocamente, el sistema ha basculado, y otros aspectos aparentemente alejados de lo militar y muy específicos de la sociedad civil, como por ejemplo la ayuda al desarrollo han experimentado todo un proceso de securitización (los nuevos conflictos son portadores de su propio lenguaje, factor este capital).

La novedad implícita a estos enfrentamientos se encuentra en que el ámbito asimétrico desborda al plano de lo táctico y, en tanto que fórmula globalizada, se integra en el político al poder enfrentar a contendientes con diferentes modelos estratégicos. El terrorismo, desde esta perspectiva es una forma extrema de guerra asimétrica que se enmarca y desarrolla plenamente a nivel político, por más que sus infrecuentes acciones materiales tengan lugar en otros planos.

Una solución a este problema pasa sin duda por el reforzamiento de los Estados que alberguen a estos colectivos y su implicación en las labores de erradicación, mientras se actúa sobre las causas que propician su origen y que están, a su vez, relacionadas con el colapso del propio Estado.

Y es que el debilitamiento del Estado, cuando no su fracaso, se encuentra en no pocas ocasiones entre las razones de su surgimiento. Implicar a esos Estados no es sólo una forma de legitimación, de empoderamiento, sino que permite disminuir la presencia foránea que

así queda al margen de cualquier exceso; con ello se consigue también centrar la lucha con mayor precisión sobre su foco real y racionalizarla preservando mejor a la población civil.

Una de las claves de la resolución de estas nuevas guerras se encuentra en los discursos, en las narraciones que sirven a su vertebración y que obligan a adoptar un tipo de respuesta igualmente discursiva. Los conflictos adquieren un componente evolutivo capital para su comprensión de modo que se transforman en discursos al aunar explicación y violencia en un mismo ámbito que viene a albergar, por si fuera poco, también a una población en no pocas ocasiones objeto y objetivo de la lucha.

Legitimidad, legalidad y moralidad configuran un espacio difuso de contornos inciertos, aunque con un núcleo común, que se convierte en un plano de enfrentamiento, cuando no en un instrumento de combate, un punto decisivo en el camino hacia la victoria. El vencedor, en no pocas ocasiones lo decide la comunidad internacional (o alguno de sus miembros más significados) con su apoyo o, incluso, mediante su intervención.

Pero son los discursos los que hacen inteligibles el desarrollo de las guerras; y sin comprender el conflicto, no hay posibilidad alguna de reducirlo y hacerlo manejable. Las narraciones hilan causas, desarrollo y terminación (continuación permanente), presentándose como una realidad única e indisoluble. Se convierten así en imprescindibles y no sólo para la comprensión del conflicto, que también. Y no son plenamente racionales sino que se encuentran plagadas de imágenes y saltos argumentales, pues no son razonamientos complejos hechos por intelectuales y sólo accesibles a las élites, sino estados de ánimo, de opinión.

Son una forma de interpretar el mundo que parte siempre de una arcadia feliz surgida de la violencia, y se permite explicar el futuro utilizando el pasado lo que suele ser es que reescriben el pasado en nombre del futuro pretendido. La narración es la parte espiritual de la violencia, una selección de hechos que recrea una mirada al mundo, una lectura siempre sesgada que escoge las fuentes de las que nutrirse en función de los fines y del marco.

La narración dota al juicio y a la violencia de sentido y dirección, su continuidad y permanencia se justifican como él para qué de la violencia haciendo que debate, mensaje y causa se encuentren interrelacionados.

La correcta resolución de un conflicto sólo es posible si se atiende a sus razones discursivas. Violencia, discurso y narración van de la mano. Pero la gestión de la respuesta no puede ser estática, no son las posturas los ejes de la réplica sino las actitudes las que deben forjarla.

Debe existir un discurso propio, no completamente ajeno al de la contraparte, pero sí con un fundamento específico y vida autónoma que tenga bien presente la situación final deseada para poder conseguir el alineamiento de los objetivos y de las acciones. No disponer de él supone el desencaje de los planos táctico, operacional y político, con lo que poco puede lograrse. No caben estrategias de corte reactivo (es una *contradictio in terminis*), y deben formar parte de una cuerda más amplia que incluya lo operacional y lo político.

La superación de las narraciones pasa por una suerte de pedagogía que altere sus bases y muestre sus contradicciones internas permitiendo su desmontaje y contribuyendo a desarticular la violencia y a hacer desaparecer la desconfianza. Y esto sólo puede hacerse con políticas de larga duración, con una adecuada gestión de los tiempos y de los medios de comunicación. La resolución de estos conflictos, como lo es de las nuevas guerras en general requiere dismantelar el discurso que sirve a la vertebración de la violencia para, una vez desarticulada esta y perdido todo su sentido, proceder a la pacificación.

Los medios militares también pueden conseguirlo mediante una *victoria decisiva*, Clausewitz y su pedagogía sangrienta siguen siendo útiles, pero de la superioridad militar no se desprende siempre la victoria o la paz, ni ésta es una situación que pueda extrapolarse a todos los casos, depende de la narración y de su estadio. No todas las respuestas resultan siempre válidas, ni siquiera cuando son aplicadas al mismo caso. El hombre no es lineal, y las sociedades en las que se integra mucho menos.

Cuando, a través de complejas redes de mando, control y comunicaciones, los Jefes de Estado pueden volver a situarse a la cabeza de sus Ejércitos – como en España hiciera por última vez Carlos V en la batalla de Mülberg, momento inmortalizado en el célebre cuadro de Tiziano - el carácter cíclico y recurrente de la historia parece haberse completado de nuevo al devolver la guerra del siglo XXI a las formas propias del siglo XVI.

Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE